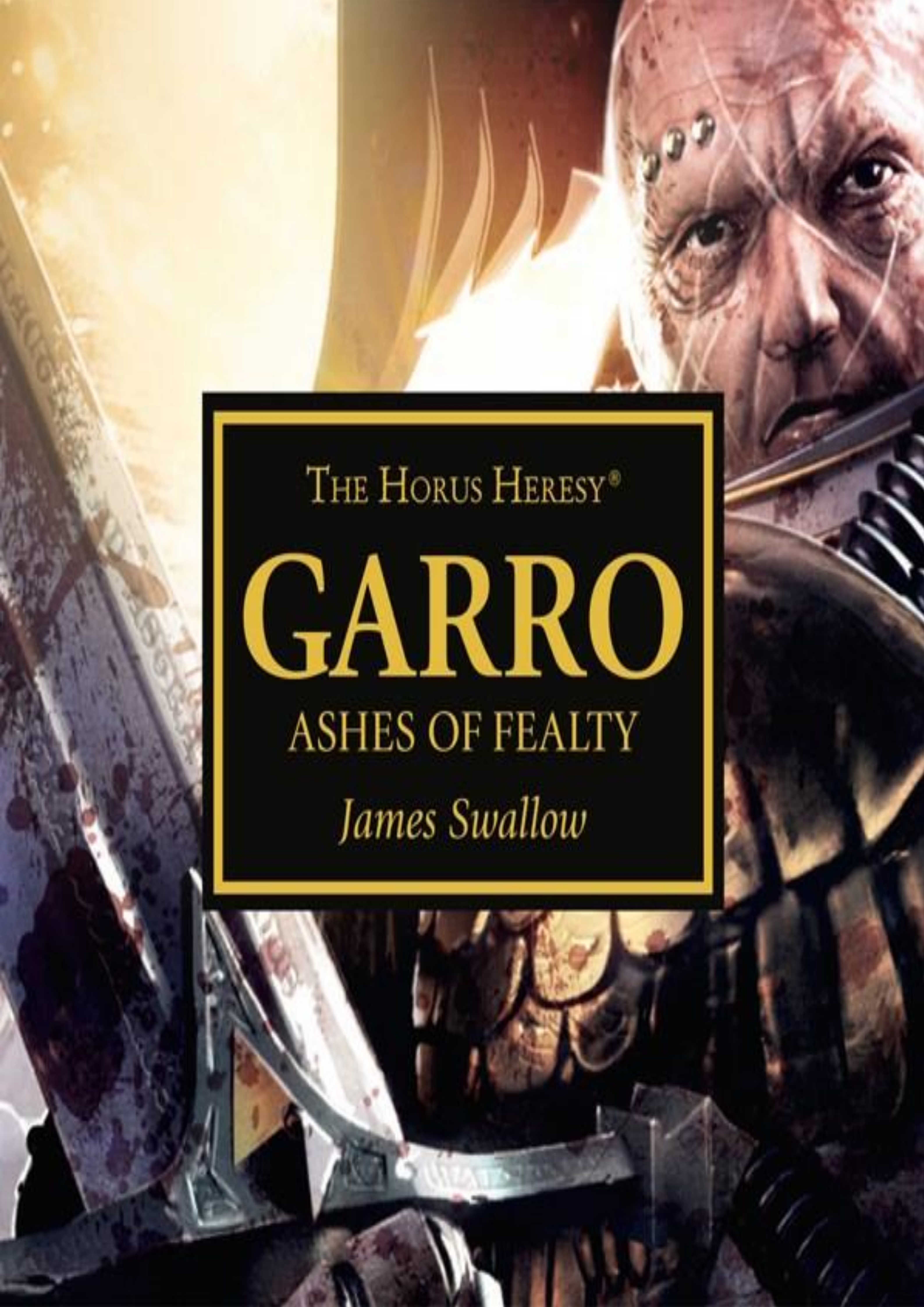

THE HORUS HERESY®
GARRO
ASHES OF FEALTY
James Swallow



LA HEREJÍA DE HORUS

GARRO:

CENIZAS DE LEALTAD

JAMES SWALLOW

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Caballero Gris

NATHANIEL GARRO	Primer caballero errante, antiguo Guardia de la Muerte

Marine Espacial

MERIC VOYEN	Apotecario en busca de cura, antiguo Guardia de la Muerte

La inmensa sala permanecía sumida en las sombras. En aquel espacio resonante, nada humano se movía. Nadie tenía el valor suficiente para entrar por miedo a lo que pudiera haber allí. Nadie se atrevía a poner un pie en su interior ni a respirar el aire estancado y poner a prueba su fortuna. Al menos, nadie humano se atrevía.

—¡Capitán! Por favor, ¡espera!

—¡No!

Pero aquellos no eran seres humanos. Más allá del común de los mortales, eran dos vástagos de la guerra. Una vez, ambos habían servido con orgullo en las Legiones Astartes, hermanos en el conflicto, camaradas contra la adversidad. Ahora, el destino había separado sus caminos.

Uno estaba ataviado con un equipo de combate del color de las tormentas, y lucía en su coraza un águila dorada, su casco sujeto magnéticamente a su cintura, una hoja a su espalda: Nathaniel Garro, caballero errante y *agentia primus* del regente de Terra.

El otro, un antiguo guerrero, desprendido de su servoarmadura, armas y de su deseo de batalla: Meric Voyen, vestido con una humilde túnica, una vez un apotecario de la Guardia de la Muerte, ahora un alma en busca de paz.

—Detente, te lo ruego. Déjame explicarte…

—Nada de lo que digas podrá persuadirme

—¡Nathaniel!

Garro se detuvo y bajó la mirada hasta la mano con la que Voyen lo aferraba del avambrazo, y una advertencia brilló en sus ojos.

—Apártate, hermano. Ahora.

—Escúchame…

—No hay justificación alguna que puedas darme, Meric. Me has decepcionado.

—No he hecho esto para lograr tu aprobación, mi capitán. Lo he hecho por un bien mayor. Por nuestros hermanos de batalla, por nuestra legión…

—¡La Guardia de la Muerte ya no es nuestra legión! Nuestros hermanos rompieron sus juramentos cuando siguieron a Mortarion en contra del Emperador.

—¡Podemos traerlos de vuelta! ¡*Yo* puedo traerlos de vuelta!

—¿Con *eso*? —Garro se giró, señalando el único otro objeto presente en la sala, un cilíndrico y pesado sarcófago de criostasis hecho de acero y cristal blindado—. ¿Con esa cosecha de heces venenosas nacidas de la traición?

—¿Cómo se logra curar una enfermedad, Nathaniel? Primero, hay que capturar el virus, después analizarlo, vencerlo. Sólo entonces es posible crear una vacuna.

La cara del guerrero la cruzó un gesto de amargura.

—¿Una vacuna? No estamos hablando de unas fiebres que puedan tratarse con bálsamos y pociones. ¡Nada ni nadie se recupera de esa degeneración! La he visto cara a cara, con mi muerte en sus colmillos. Me he asomado a los ojos de la maldad misma de la que está hecha y he sentido la sombra de su odio.

—No lo viste solo, yo también estaba en la *Eisenstein*, ¿recuerdas? Sé lo que les pasó a Grulgor, a Decius… Vi la pestilencia que devoró sus cuerpos.

Se hizo un denso silencio entre ellos. Parecía que hubiera pasado un eón desde que habían huido a Terra portando la nueva de la sangrienta rebelión de Horus en Isstvan III. Garro, Voyen, Decius, Hakur, Qruze y el resto de la Séptima Compañía que se había atrevido a oponerse al primarca cuando toda lealtad había ardido hasta las cenizas. Tras ello, en medio de la superficie sin aire de Luna, habían quedado a la espera de un destino incierto. Guerreros huérfanos por los actos de sus hermanos traidores, gozando de la confianza de muy pocos, temidos por el resto. En aquel silencio, su hermano Solun Decius había sido reclamado por la misma insidiosa corrupción que sin duda en ese mismo momento continuaba infectando a la legión.

Garro había matado a Decius, fuera, en el Mar de la Crisis, y quizá con aquel acto, el capitán había sentido que su supervivencia respondía a un propósito mayor.

Por el contrario, Voyen vio algo muy distinto aquel día, una enfermedad a la que no podía dar la espalda. El apotecario había renunciado a sus privilegios como marine espacial, y había decidido dedicar su vida a lo que Garro, en aquel momento, consideraba imposible.

—Una cura…

—Creo que existe. *Debe* existir.

—No importa cuánto lo desees, Meric, créeme cuando te digo que no es así. Ahora, déjame pasar, o tendré que apartarte por la fuerza.

Garro siguió avanzando, dejando atrás a su camarada, y se dirigió al tablero de mandos que controlaba la sala, los sensores y el soporte sobre el que se encontraba el sarcófago.

—Eso no lo sabes…

—Lo que sé… lo que sé es que la corrupción es absoluta. Es sutil y constante.

—¿La ves en mí, capitán?

—Ya me ocultaste algo una vez, hermano: tu pertenencia a las logias.

Con la mención de Garro de las reuniones secretas instigadas por la legión de Horus, Voyen vaciló. La culpa ensombreció su expresión.

—Ya expié mi error. Rompí ese pacto clandestino cuando se reveló como una de las herramientas de la perfidia del Señor de la Guerra.

—Cierto. Pero de la misma manera, has estado ocultándome todo esto. Has estado trabajando en secreto, escondido del resto del mundo. ¿Por qué? Porque sabías lo que haría cuando todo esto llegara a mis oídos.

—No creía que lo comprendieras. Soy un hombre de ciencia, y pienso en tales términos, pero tú…

—¿Yo qué? ¿Crees que soy un cretino supersticioso? Me conoces demasiado bien para eso.

Voyen no apartó la mirada de los ojos de su antiguo comandante.

—Siempre has tenido una fe íntima en lo numinoso, has estado abierto a la trascendencia. Yo sólo creo en lo que puedo ver y tocar y conocer.

Garro dudó, mirando el cilindro de acero.

—Sí… Tengo fe, hermano. Pero eso no significa que haya abandonado la razón. Eres tú quien no puede ver con claridad. Te aferras a la verdad en la que nacimos, la de que éste es un universo racional de leyes inmutables. Te repites que podrías entender toda la existencia con que sólo su estructura te fuera visible. Pero todo eso es falso.

—Entonces, ¿cuál es la verdad?

—La verdad es que vivimos en la superficie de un maelstrom poblado de poderes que sólo ahora estamos empezando a comprender. Que debemos oponernos a ellos hasta nuestro último hálito, en eso coincidimos. Pero si tu única brújula es lo posible, entonces ya has perdido la batalla en su contra. Nuestro enemigo existe más allá de los constructos humanos de la razón y la lógica. Para luchar contra él, para vencerlo, debemos ver más allá del velo.

—Si puedo salvar las vidas de nuestros hermanos…

—¡No puedes salvar sus almas! —gritó Garro, antes de respirar profundamente para recuperar la calma—. Ya es demasiado tarde para eso.

El guerrero estudió el contenedor. A través de los paneles de cristal empañados, una masa de materia gris era visible. Era como cenizas volcánicas, entre las que ocasionalmente brotaba lo que podría recordar a un fragmento de hueso o una roca astillada. Era todo lo que quedaba del regolito sobre el que Solun Decius, convertido en el monstruoso Señor de las Moscas, había perecido. Donde había caído, sus restos cenicientos habían contaminado la superficie del satélite como un vertido tóxico. En cualquier otro lugar que no hubiera sido la magnífica desolación de la Luna, el residuo de su muerte se habría propagado como un cáncer. Y todo ese material había sido recolectado y almacenado allí, para ser trasladado.

—¿Dónde pretendías enviar esto?

—Io. A una instalación de Júpiter. Hay un laboratorio allí sobre los lagos de azufre que pertenece a una facción de los *magos biologis* que rechazaron la rebelión de Marte. Podemos estudiar los restos allí, en un entorno seguro.

Garro dejó escapar un suspiro de cansancio.

—¿Cuántos hombres han muerto para recoger todo esto?

—Siete hombres perecieron en el proceso de recuperación, cada uno de ellos de un vector de enfermedad más quimérico que el anterior… Estaban muertos antes de que pudiésemos trasladarlos al *medicae*.

—¿Y todavía me preguntas por qué pretendo detenerte?

Se hizo otro silencio. Cuando Voyen habló de nuevo, su voz era diferente. Algo había cambiado en su interior, y un tono que rozaba la recriminación empapaba sus palabras.

—Nos dejaste atrás, Nathaniel, a los que quedamos de la Séptima. Encontraste tu propósito. Pero el resto de nosotros… yo he tenido que forjarme uno propio. Los legionarios somos funcionalmente inmortales, ¿cierto? Apartados de la batalla y de todo peligro de muerte inmediato podemos vivir milenios. Yo he decidido dedicar mi existencia a encontrar una cura para esa muerte en vida que poseyó a nuestros antiguos hermanos.

Por unos instantes, las firmes miradas de Garro y Voyen se cruzaron.

—*Necesito* este sentido para mi vida —continuó el apotecario—. Si él, no soy más que el hijo de una legión traidora, condenado al ostracismo, perdido y olvidado… No tengo la armadura de un caballero ni sanción alguna de Malcador. Sólo tengo mi esperanza. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Tras unos segundos, Garro respondió.

—Lo entiendo, más de lo que puedas imaginar, viejo amigo. Pero es precisamente por eso por lo que, por última vez, te niego lo que me pides. Esto debe acabar ahora mismo.

—Si haces eso, entonces no habrá posibilidad alguna de redención. Condenarás el nombre de la Guardia de la Muerte a la ignominia por miles de años.

—Fue nuestro padre, lord Mortarion, quien tomo esa decisión, no yo.

Las sombras en la sala eran densas, como cortinas de oscuridad nocturna que hacían que el espacio pareciese más cerrado y opresivo. A medida que Garro se acercaba al sarcófago, empezó a notar un escalofrío en la nuca, una señal nacida de un sentido de la batalla innato codificado en el código genético de los guerreros de

las legiones, una intuición que no podía explicar racionalmente, un impulso animal que lo advertía de que un peligro, todavía por revelar, lo amenazaba.

Sus dedos tocaron la superficie curva del sarcófago y presintió que algo no era como debía. Observando más detenidamente, vio que a lo largo del precinto de la cápsula se extendía una fisura, y que los cierres magnéticos de bronce no estaban encajados, sino que colgaban como mandíbulas desencajadas.

—Está… abierto —susurró.

—¿Qué? ¡Eso es imposible!

Inmediatamente, el aire pareció adensarse, y un intenso hedor de carne rancia llenó la cámara, una vaharada como de matadero y putrescencia, lo suficientemente potente como para volver rancio el aire en los pulmones de Garro y provocar repulsa incluso a su constitución de legionario. Dio un involuntario paso atrás, como si un poderoso reflejo lo apartara de las sombras que se extendían bajo el sarcófago. Allí, la luz parecía moverse de una forma extraña, casi como si estuviera siendo absorbida por la oscuridad, y el legionario tuvo la súbita impresión de esa penumbra era antinatural, que no correspondía a la iluminación de la sala. La negrura parecía saturar el espacio bajo la cápsula, como si fuera algo físico amalgamado allí. Lentamente, extendió su mano envuelta en el guantelete blindado hasta el metal, y su dedo raspó la superficie para encontrar que las sombras eran miles de diminutas formas quitinosas, arracimadas tan densamente que formaban un grueso manto negro.

—Las sombras… ¡son moscas!

Escondido en aquella penumbra, el inmóvil enjambre de insectos inmediatamente se convirtió en un violento torbellino de vida enfermiza. Los millares de alas membranosas estaban afiladas como cuchillas, de sus mandíbulas goteaban los venenos de la disformidad, y lo único que buscaban era alimentarse de carne y derramar sangre.

—¡No puede ser! —gritó Voyen—. ¡En el nombre de Terra!

—¡Atrás, atrás!

—¿De dónde han salido estas cosas? ¡No quedaba resto alguno de materia orgánica en las cenizas, y no han podido salir del sarcófago! ¡La cámara ha permanecido herméticamente sellada, nada ha podido entrar o salir!

—¡Vienen del inmaterium, nacidas de la locura y la corrupción! ¿Lo ves ahora, Meric? ¡Ésta es la naturaleza de nuestro enemigo!

—La disformidad…

—¡Sí!

Garro empujó a Voyen hacia la compuerta de la sala.

—Fuera. No cuentas con ninguna protección, y estas cosas se darán un festín con tu carne para convertir tu cuerpo en un nido para sus larvas. No podemos dejar que el enjambre salga de esta sala. ¡Márchate! Y sella la puerta en cuanto salgas.

El apotecario asintió, sin poder apartar la mirada del sarcófago, cuyo metal en esos momentos se estaba resquebrajando, liberando un torrente de moscas recién nacidas que llenaron el espacio con los destellos metálicos de sus alas.

—¡Capitán, no puedes luchar contra ellas con una espada!

—Ya me ocuparé de eso.

En cuanto Voyen cruzó el umbral, Garro golpeó con la mano en el panel de control de la sala en interruptor de cierre de la compuerta. Una barrera de un metro de grosor de plastiacero se deslizó, clausurando completamente la sala. Garro se aseguró el casco con los cierres de presurización antes de que lo alcanzaran las moscas carnívoras. A través de la mampara blindada que daba al corredor, pudo ver la cara de Voyen, cuya expresión era la de un hombre obligado a contemplar una verdad que no estaba preparado para afrontar.

—Te lo advertí —le dijo Garro a través del canal de voz—. *Esto* es de lo que el enemigo es capaz. Cuando intentamos combatirlo en pie sobre la base de la razón, arrasa el suelo sobre el que nos apoyamos… Estamos en guerra contra lo imposible.

Tras ello, comenzó a avanzar a través de la tormenta de moscas. No desenvainó su espada de energía: Voyen tenía razón, incluso con el campo crepitante que envolvía

la hoja, no sería capaz más que de destruir un puñado de aquellos seres. Pero tenía otro ataque en mente.

Con cada paso que lo acercaba al sarcófago, la densidad del enjambre se acrecentaba. Oía los arañazos y los chasquidos de los miles de colmillos microscópicos contra la ceramita de su servoarmadura. Las moscas masticaban las junturas flexibles de las articulaciones, intentando atravesar las láminas de plastiacero y alcanzar la piel debajo. Comenzaron a bloquear la rejilla de respiración de la placa facial con la pasta que formaban con sus propios cuerpos aplastados contra ella. La luz de las lentes oculares las atraía como una llama a las polillas, y sus cuerpos lo cegaban.

Paso a paso, Garro logró sin embargo alcanzar el sarcófago. Una masa colosal de moscas se arrastraba sobre su interior de metal, el ácido derramándose de sus mandíbulas. Por un momento, Garro creyó escuchar un eco de la risa distorsionada de Decius en el zumbido de sus alas.

—¡Aquí el capitán Garro! —dijo abriendo otro canal de voz—. ¡Ejecución de protocolo de emergencia! ¡Abran las compuertas exteriores!

Garro activó los anclajes magnéticos de sus botas en el momento en que las paredes blindadas de la sala comenzaron a replegarse lateralmente dividiéndose en paneles que se deslizaron sobre raíles ocultos, exponiendo su interior a una cegadora luz amarillenta. Refulgiendo más allá de las paredes desaparecidas se encontraba la turbulenta superficie del Sol.

La atmósfera corrompida del interior de la cámara fue inmediatamente absorbida por el vacío más allá, y con ella el enjambre. Los insectos mutantes, instantánea y simultáneamente fueron supercongelados y abrasados, y ni siquiera su naturaleza originaria de la disformidad los pudo preservar del titánico poder de la estrella.

Rojos iconos de advertencia comenzaron a parpadear en el visor de Garro cuando la temperatura de la sala se incrementó terroríficamente por la llamarada en la que se había convertido el enjambre. El calor calcinó los insectos y ennegreció las placas de su servoarmadura, amenazando con cocerlo vivo dentro de ella.

En un último esfuerzo, aferró el sarcófago. Su primera intención cuando había escuchado el plan de Voyen había sido enviar a la nave de transporte directamente hacia el Sol. Pero ahora nada quedaba frente a él más que el olvido del horno solar.

Garro alzó el sarcófago por encima de su cabeza con un gruñido de esfuerzo, concentrando toda la potencia de su musculatura mejorada genéticamente y el refuerzo de las fibras de su servoarmadura. Y después, lo arrojó al espacio, hacia la estrella.

—Garro a control —dijo jadeando a través del canal de voz—: cierren la sala.

De la misma manera que habían desaparecido, las secciones móviles de la pared volvieron a desplegarse para cerrar el recinto. Por un momento, Garro se quedó mirándolas.

—Se acabó… —susurró para sí.

Desde el corredor, Voyen miraba a Garro, de pie en medio de las cenizas del enjambre carbonizado, sobrepasado por el horror que el auténtico entendimiento le había proporcionado. Todas sus esperanzar de lograr una cura para la Guardia de la Muerte y salvar a sus hermanos —esa necesidad que lo había definido en los últimos tiempos— eran vanas. Si Garro tenía razón, si aquella nueva guerra era cosa de poderes demoníacos y magia retorcida tanto como lo era de bólteres y espadas…

—¿Cómo puede un alma racional afrontar eso? —se dijo.

Una súbita tos interrumpió su soliloquio. Voyen sintió cómo su garganta se inflamaba, y una fiebre se extendía por su riego sanguíneo. Una intensa sensación de picor le ascendió por el antebrazo, y se subió la manga de la túnica.

Allí, sobre la piel, estaba la enrojecida marca de la picadura de un insecto.

Y, formándose, un trió de pequeñas llagas.

FIN DEL RELATO